

La Visitación, c. 1440 (Interior del ala derecha)

Tríptico de la Anunciación, óleo sobre tabla de roble, 86 x 92 cm (panel central), 87 x 36,5 cm (cada ala). Tabla central, Museo del Louvre, París. Tablas laterales, Galería de los Saboya, Turín.

José Ramón Romo Sánchez-Heredero

Estamos ante un pequeño cuadro en el que hay que fijarse con atención para que no pase desapercibido. Es de esas pequeñas joyas que tienen una gran potencia, que nos atraen y nos envuelven.

La **pintura flamenca** del siglo XV ha evolucionado sensiblemente desde las fórmulas góticas. Todavía sigue siendo *pintura de la escultura*, pero ya aporta una excelente brillantez en los colores. Todavía es una pintura austera pero ya nos regala una claridad minuciosa en los detalles (influencia del materialismo estético de los comerciantes). Todavía los personajes están idealizados pero ya nos adentra en su drama y en el movimiento de sus emociones (se asoma el *individuo* renacentista). Todo ello de la mano de los maestros, Robert Campin y Jan van Eyck. Pero Rogier va más adelante, la sensibilidad religiosa y la idea teológica se exponen con una claridad tal que establece los cánones de la pintura sacra de todo el siglo XV y no sólo en Flandes.

Parece claro que Rogier conoció las obras de Tomás de Kempis, aquella *mística práctica* que ponía palabras de intimidad en la contemplación de los retablos góticos y del drama de los misterios del Nuevo Testamento y que se reflejan en sus tablas. Van der Weyden provoca la **devoción** en sus cuadros. Es un pintor de una gran sensibilidad religiosa que aplica su arte a dar a conocer los misterios del Señor, sobre todo en su Pasión y a favorecer la **contemplación** de estos misterios en un ambiente estético y sagrado.

El cuadro de la Visitación nos muestra a la Virgen María y a santa Isabel de cuerpo entero en el mismo plano que el espectador y **sobresaliendo del escenario**. La composición de las dos mujeres se establece sobre diversos círculos y áreas redondeadas como corresponde a la representación de dos mujeres encinta. Más claramente en la Virgen que en Isabel, la cual está un poco encorvada como anciana que es.

El gesto que centra todo son **las tres manos** que vemos en la pintura. La mano izquierda de Isabel tocando el vientre de María doblada un poco hacia arriba, no reposa sino que solicita y lo hace con cierta urgencia porque aprieta. La mano izquierda de María reposando sobre el vientre más abultado de Isabel, palpando la vida. La mano derecha de María recogiendo el manto de quien viene fatigada de caminos. Las manos que están sobre el vientre de las dos mujeres forman un lazo cruzado como de santa alianza.

El **color de los vestidos** nos muestra de quienes están embarazadas. El rojo anuncia el martirio de Juan Bautista, el azul profundo anuncia el cielo en la noche en que llegó el Señor hecho Niño.

El rostro de las mujeres nos habla de su edad, de su actitud interior, de su mensaje. Rostro y cabeza de María descubierta, levantado pero no empujado, los ojos de María que quieren encontrarse con los ojos de Isabel que mira hacia abajo llena de reverencia, quizá de temor. El rostro de María de piel blanca y tersa; el rostro de Isabel de piel amarillenta y arrugada.

El camino viene de lejos y de abajo. Su destino es esa casa solariega principal, que está sobre la colina, que la Virgen *subió a las montañas de Judea*. En primer término, abajo a la derecha, un seto recoge flores del campo. Esa valla baja de mimbres que es todo un detalle del amor con que los labriegos cuidan sus campos, sus caminos.

Todo el escenario refleja una casa de campo: los pájaros, palomas o grajos, el perro a la puerta quizá con el amo, Zacarías, de espalda a la escena, el cisne y los pavos en el estanque, el caballero con su caballo blanco en la lejanía. Las gentes trabajadoras por los caminos.

Árboles, prados, estanque, sembrados ya dorados como ocurre en junio, están pintados de memoria, como se acostumbraba en aquella época. Hasta Patinir (1485-1524) no aparecerá la pintura de los paisajes al natural.

El espectador no puede por menos quedarse absorto en la contemplación de las dos figuras femeninas y de ellas en sus manos. **Las manos** en el vientre, en la vida que llega, las manos que entrelazan la antigua y la nueva alianza, las manos que solicitan y bendicen.